

ACCIÓN PEDAGÓGICA DE LA CULTURA

Por Bogdan Piotrowski *

La cultura puede ser interpretada como la acción humana libre y razonable. En esta definición antropológica se sobreentiende que la cultura abarca todo lo que el hombre esta realizando. En esta visión amplia se puede reconocer que la cultura es el conjunto de los elementos originales, pero también que constituye un sistema de estos elementos y sus relaciones, y, a la vez, lo cual resulta ser su derivado, representa un sistema de significados. La cultura es un fenómeno dinámico cuyos elementos pueden ser aprovechados tanto por los individuos cuanto por un grupo de ellos, que, al reconocer su universo simbólico común, tiende a constituir una sociedad. Su acción conjunta consolida las normas de su comportamiento, sus valores, y ayuda a entender el mundo y la vida, a establecer la apreciación de la experiencia colectiva y a proyectar las aspiraciones y los objetivos de todos para el futuro.

En este sentido, el hombre es el agente y al mismo tiempo el objeto de la pedagogía. Esta interpretación teleológica sugiere la necesidad de centrarse en la visión antropológica de toda acción educativa y, especialmente, de tener muy en claro la concepción del hombre, o mejor, de la persona. La aceptación universal de esta «particular indeterminación del concepto de persona», como lo decía R. Guardini, hoy día cuando los países suprimen todo tipo de barreras y hasta sus fronteras, sigue igualmente inquietante y llamativa como antes, pero tal vez estamos más urgidos de aclararla. Por esta razón, antes de entablar la polémica, es conveniente precisar algunos puntos sobre el asunto.

Es cierto que los productos culturales contribuyen al desarrollo de la cultura, pero su función es secundaria porque siempre derivan de la acción humana, reciente o desde hace mucho tiempo, pero sin ninguna excepción son resultados de la actividad de una persona. Así, podemos demostrar fácilmente también que la primacía pertenece a los valores espirituales, no materiales, porque son ellos los que influyen con mayor fuerza sobre la formación del hombre como persona. En consecuencia, debemos subrayar que en la cultura podemos apreciar muchos productos y muchos fenómenos, pero el primordial, indispensable y que debe ser centro de nuestro interés es la persona.

Un conocido filósofo de la cultura lanzó el llamado: «La pedagogía de la cultura es la educación del hombre en la cultura y para la cultura». Esto significa que en la educación hay que insistir en los valores más importantes que ayuden al hombre a formar una personalidad plena y madura. Mas para lograrlo es imprescindible el reconocimiento de un *ethos* y, por ende, de un sistema axiológico.

*

Doctor en Ciencias Humanas por la Universidad de Varsovia, Director del Departamento de Lenguas y Literatura en la Universidad de La Sabana, Director fundador de la revista Educación y Educadores.

1 Kowalczyk Stanislaw, *Filozofia kultury*, Lublin, KUL, 1996.

La educación de la persona para la cultura se basa en la aceptación de un sistema jerárquico de valores.

I. LA PLURALIDAD DE LA CULTURA Y EL SINCRETISMO

Hoy día la pluralidad de las culturas que conocemos, y su intensidad diferente en distintas áreas, exige actitudes diferentes a las que eran vigentes en el pasado. Ya no podemos adoptar la idea de que solamente la cultura a la cual pertenecemos es la válida y las demás constituyen la barbarie. Este centrismo cultural quedó desplazado, lo cual trajo en consecuencia una desorientación cultural y la desubicación del hombre.

Las culturas, si no perdieron, por lo menos disminuyeron, su conjunto característico de identidad. La expresividad de rasgos pertinentes a cada una de ellas bajó y se infiltraron elementos ajenos, causando la incoherencia de la totalidad. Desde luego, su atractivo tuvo que menguando, tanto para sus propios miembros como para los representantes de otras culturas, causando una actitud de indiferencia en el aprecio de lo que antes era admirado y meritorio.

Junto con la cultura de masas y el progreso en la tecnología de los medios de comunicación y su consecuente bombardeo de información se tambaleó el sistema axiológico que regía en cada cultura. Esta situación amenazante no es únicamente reservada para el Occidente. Los mismos peligros acechan en Europa que en Asia, en el Polo Norte o en las Islas Caribeñas. Es cierto que hasta en las culturas más cerradas, más aisladas, siempre hubo por algunas razones un proceso de infiltración de otras y luego sus transformaciones, pero en la época contemporánea el sincretismo es el rasgo predominante en toda cultura y crea grandes dificultades para descifrar sus orígenes, sus elementos primarios, sus confluencias, etc

La obligatoria presencia *standard* de manifestaciones heterogéneas culturales, impuestas por su comercialización a través de los *mass media*, en todos los países del mundo, hace que el hombre actual tenga puntos comunes de referencia, pero su contextualización es muy diferente. A veces puede ser hasta contraria. Fenómenos como los ninyas, o los dinosaurios televisivos se proyectan de modo distinto para los niños japoneses, egipcios, bolivianos o irlandeses. Si hay de pronto similitud de algunos elementos de percepción, hay también distancias. Lo universal es muy valioso, nos une, permite crear puentes de comunicación y acercamiento, pero lo diferencial no es menos importante, garantizando la riqueza de visiones del mundo y de la interpretación de la realidad.

Ya en los años cuarenta de este siglo, Arnold Toynbee, en su famoso título *Civilisation on Trail*, expresó su visión del mundo uniformado donde el hombre es heredero de todas las grandes culturas y de sus representantes: Confucio, Sócrates, San Agustín, Zaratustra, Mahoma, Jesús, Lenin, Cromwell, etc. Esta herencia resulta imposible; los ideales los valores de las diferentes culturas son muchas veces incompatibles, y en este sentido la eventual herencia no tendría ningún sentido, quedaría desvirtuada. Los distintos conceptos que promueve como valores no contribuirían a la afirmación de una identidad consolidada. Todo lo contrario: promoverían un caos ininteligible. No podemos ser a la vez teístas y ateos, o partidarios de la violencia y entusiastas de la paz.

Vemos a base de estos ejemplos cómo es indispensable la afirmación de la tradición para poder participar en la actualidad. La tolerancia y el interés por otras culturas no excluyen la

reafirmación de sus orígenes. Es factible especular sobre la cultura de origen, subrayar el cuestionamiento sobre algunos aspectos de identidad nunca suficientemente fijos, pero es imprescindible recurrir a un sistema axiológico que nos permita realizar nuestros anhelos e ideales. No podemos aislarnos de nuestra realidad. La actualidad es la continuidad del pasado en aspectos recogidos por las sucesivas generaciones.

Hablando de la tolerancia, no se trata únicamente de **garantizar** el mismo **derecho** social o ciudadano a las gentes que piensan de otro modo, y que de todas formas merecen nuestro respeto. La diferencia de posiciones permite establecer mejor las delimitaciones o configuraciones del problema y llegar a las recomendaciones y conclusiones. La cultura se fundamenta sobre un diálogo constructivo para reafirmar sus posiciones y aprovechar la experiencia del cointrincante.

En la época contemporánea parecen estar superados los antagonismos sociales o nacionalistas que dificultan el entendimiento y contribuyen a la intolerancia entre los pueblos. Los diferentes elementos que caracterizan la cultura se vuelven cada vez más universales. Desde el punto de vista sociológico se percibe en diferentes latitudes la aplicación de principios similares en la organización estatal, lo cual es también aplicable a la relación económica, donde rige la internacionalización. Es obvio que las posiciones pueden ser distintas, en cuanto a la dependencia, pero se reafirma la necesidad de actualización en las tecnologías, de búsqueda del intercambio, de conformación de grandes y múltiples bloques económicos.

Unas circunstancias análogas advertimos en otro elemento que es el factor ecológico. La depredación del medio ambiente exigió unas tomas de decisión al nivel más alto de la organización humana. Las instituciones internacionales demostraron su interés en establecer y divulgar políticas de protección de la naturaleza. Los acuerdos regionales, entre los países y hasta continentales sobre los asuntos se van imponiendo y son **considerados** en la planeación y las estructuras a todos los niveles de la sociedad.

Si en los elementos culturales mencionados **anteriormente** advertimos ciertas actitudes comunes y la búsqueda del **consenso** para hallar soluciones, el otro gran **elemento**, el moral, se tambalea bastante. El comportamiento del hombre actual se caracteriza por un elevado grado de **desadaptación**, lo cual se manifiesta como violencia, drogadicción, numerosos grupos marginados y la **carencia** del sólido sistema de valores vigentes en todos los eslabones de la organización social.

• LAS RELACIONES HUMANAS Y LA CULTURA

Desde las formas más primitivas de la historia de la civilización, la **familia** ocupaba un sitio fundamental y constituía la garantía de la continuidad cultural. La familia permitía al hombre encontrar su identidad en el presente, proyectar sus aspiraciones hacia el futuro, pero también recobrar el pasado a través de la tradición o el culto a los antepasados. En este sentido, la familia unía mucho más que el parentesco o la consanguinidad. Constituía un verdadero espacio vital donde todo miembro buscaba la afirmación y aceptación de su comportamiento.

Como indica Jacques Maritain, el hombre, de acuerdo a su dignidad de persona y a sus necesidades, quiere ser miembro de la sociedad, con el fin de establecer relaciones con otras personas, pero también de asegurar condiciones indispensables para su existencia y desarrollo. Para lograr la

plenitud de la vida, además de los bienes materiales, resulta fundamental un nivel elevado de conocimiento, de perfeccionamiento de la conducta moral y de la educación. Para realizar estos fines, la persona no puede prescindir de los demás. En este sentido hay que interpretar las palabras del Estagirita cuando afirmaba que el hombre por su naturaleza es un ser social.

Siguiendo este planteamiento, vemos con claridad que no se trata del fin de la sociedad como pluralidad de fines individuales de cada uno de sus miembros. El fin de la sociedad es un bien común. Así, el bien corresponde a la **totalidad** y a cada una de sus partes.

La acumulación de ciertos privilegios y de algunos bienes materiales no garantiza el bien común, y para alcanzarlo resulta imprescindible la presencia de la ética que legitima el bonum honestum, como decían los antiguos filósofos. Si relacionamos al hombre con el absoluto, es natural que la persona renuncie a los bienes temporales a favor de los trascendentales. Y otra vez percibimos cómo la aspiración individual se puede realizar a través de la verdadera conciencia y la jerarquía de los valores.

La cultura es un **contexto indispensable** para el hombre. Deriva únicamente del hombre, pero, por otro lado, el hombre necesita la cultura para permanecer y poder desarrollarse. Si concebimos la multiplicidad de actuaciones individuales, percibiremos la interacción de los individuos, porque el hombre no podría sobrevivir sin la sociedad.

III. EL MARCO AXIOLÓGICO Y LOS VALORES

El conflicto entre el individuo y la comunidad desaparece si en realidad existe un firme marco axiológico, asimilado por todos los miembros de la sociedad. El interés unitario cede ante el interés colectivo y de este modo, a la vez, asegura su legitimidad, sabiendo que sirve a la causa común. No se presenta el sentimiento de obligación, sino la **satisfacción** de superar los obstáculos y afirmar su vivida participación como parte integral de la unidad superior.

Sin embargo, para llegar a este elevado nivel de la coexistencia, la labor fundamental corresponde una educación que realce los verdaderos valores, garantice su identificación entre los miembros de la sociedad, haciéndolos capaces de relacionar sus elementos con todo el sistema axiológico.

Andrzej Tyszkowski, enfatizando la importancia de los valores en las relaciones personales dentro de una colectividad, escribió:

«Los valores no son una fantasgoría ni una mutificación inventada por los idealistas. Los valores cuestionan la conciencia. Por esta razón son el asunto de la más primaria importancia tanto para la existencia colectiva como para la vida privada. Pensar valores y pensar sobre los valores es obligación para todos los capaces de pensar: columnistas y sacerdotes, cardenales y senadores, el gobierno y la oposición, profesores y los de los sobornos. Naturalmente, para cada uno de manera»²

Quisiera recordar otro punto de vista que complementa estas observaciones sobre los valores y que **enfatisa** otro aspecto en las relaciones persona - valores. El fenomenólogo Roman Ingarden apuntó:

«La naturaleza humana consiste en el permanente traspaso de los límites de la animalidad que persiste en el hombre y su superación con lo humano y el papel del hombre como creador de valores. Sin esta misión y sin este esfuerzo de superarse a sí mismo, el hombre cae nuevamente y sin salvación en su propia mera animalidad, lo que constituye su **muerte**».³

Llegamos de este modo a cierta didáctica de los valores. Si entendemos la educación como un **proceso de asimilación de la cultura**, podremos apreciar su dificultad y su complejidad.

La educación resulta tanto más efectiva cuanto más **logros** alcance en las **relaciones** entre maestro, alumno, programa, teoría didáctica, momento histórico, institución y sistema escolar.

Más recordemos que no es valedera la ciencia en sí, la ciencia por la ciencia. Max Scheler indicó sabiamente tres objetivos: formativo, pragmático y salvífico. Desde luego, si los dos primeros **objetivos** se refieren a la realidad terrenal, el último recurre al concepto sagrado de la cultura. Sobra decir que **esta propuesta retoma** el modelo y la jerarquía de los valores de la milenaria tradición cristiana. Ante la oleada de los modelos científicos, matemáticos, naturalistas y tecnológicos se perfila el retorno de **la dimensión trascendental**.

En este momento es **indispensable recordar por lo menos el llamado** de los papas Pablo VI y Juan Pablo II a la «civilización del amor», en cuyos postulados hay cuatro principios:

La persona prima sobre las cosas, la moral prima sobre la técnica, la existencia **prima** sobre el poseer y, finalmente, la misericordia prima sobre la justicia.

La cultura cristiana desarrolló a lo largo de los siglos la visión del último fin y el destino del hombre. El meollo de esta cultura, que es la religión, enseña **sobre** la plena vida de toda persona en la eternidad.

IV. TECNOLOGÍA, PRAGMATISMO Y RETORNO A LA HUMANIZACIÓN

En la **convivencia diaria** se desarrolla el fetiche de la **cantidad**, que aparentemente, de acuerdo a la carga positivista de nuestra civilización, se constituyó en el **decisivo atributo de la realidad**. Este parámetro se debe a la reciente conquista de las ciencias exactas y la **tecnología**. El progreso se identificó con la multiplicación, la variabilidad y el desarrollo **numérico**.

Como reacción a este **fenómeno** apareció la **tendencia** a la **optimización**, que se opone a la **irracional** fascinación por lo «mega» y lo **gigantesco**, y aspira a **rescatar** un equilibrio natural que se **preocupe** más **por** el hombre. De ahí deriva la «calidad de vida», «*human ecology*», «sistema de valores fundamentales», etc.

Pero la fuente de todas estas búsquedas y angustias, con respuestas menos o más logradas es el mismo hombre. Es él, el que establece las relaciones entre su prójimo y la naturaleza. Es él y únicamente él quien está creando la cultura, volviéndose a la vez de cierto modo también producto de esta cultura. Su afán de actualización fantasmagórica quedó al descubierto, y el hombre se **instrumentalizó** como reacción. La actividad consciente exige un retorno a la humanización, la reconquista del pasado y de la tradición, un regreso a los orígenes de la cultura.

Se está divulgando la concepción, en contra de uno de los rasgos representativos de la cultura de nuestro siglo, de que el utilitarismo, el pragmatismo no pueden permanecer como vía vigente para el futuro. La reflexión crítica sobre el hombre como creador de la cultura revela la necesidad de equilibrio entre lo material y lo espiritual. La humanidad llegó a la conclusión de que hay que verificar los productos culturales, y este examen debe realizarse según los criterios del bien, la verdad y el amor.

No se puede seguir estudiando solamente la cultura desde el punto de vista del conjunto de creaciones materiales, aunque exprese también los sentimientos, ideas, creencias, conocimientos o habilidades del hombre. Es urgente retomar los estudios de la cultura como conjunto de actitudes del hombre en calidad de protagonista que participa activamente en su formación. Así se puede controlar que la ciencia no contribuya a la deshumanización de la cultura, sobre todo si admitimos que en el reconocimiento social hoy día esta primando la ciencia sobre otras manifestaciones culturales como son el arte, la religión y la moral.

V. ¿ANONIMATO DE LA PERSONA?

La instrumentalización del hombre fue causada también por el espíritu tecnocrático de nuestra época. La tecnocracia despersonaliza, como lo demuestra **William A. Lijpen** o **Albert Dondey**, y el hombre cae en el **anonimato**. Sus actuaciones ya no cuentan como la realización de su propia vida. Se convierten en una función social, más o menos cumplida. Ya no se trata de una posición personal con todas sus repercusiones, sino de un elemento dentro del engranaje que exige la loca y quimérica idea de la productividad.

Mas el anonimato de la persona crece por otros dos factores. Sobre todo, por el resquebrajamiento del sistema moral, donde todo está permitido y no hay control sobre el comportamiento. Aparentemente, el hombre simpatiza con el anonimato y únicamente en los momentos de conflictos existenciales vuelve a cuestionarse.

Este **anonimato contemporáneo** no tiene nada que ver con el anonimato medieval, cuando el hombre renunciaba a su nombre para la mayor gloria de Dios. Hoy el anonimato es más bien resultado de la secularización de nuestra cultura, un alejamiento de la tradición y sus valores. Es una alienación moral que viene de la mano con la denuncia social. La confusión espiritual repercute en la desorientación del individuo dentro de la comunidad donde vive. El hecho de que el hombre busque la gran metrópoli aumenta la alienación y el anonimato. Si pensamos en la permanente depredación de los valores, el rompimiento con la tradición y la falta de puntos de **referencia** que permitan la reubicación en el nuevo medio, un elevado porcentaje de la población **aguanta** una situación verdaderamente desoladora. Por estas razones tenemos que insistir en la **cultura** como concepto de la humanización del hombre. Todo lo que se opone a la verdadera realización de la persona conduce a su degeneración y a la anticultura.

VI. LA EDUCACIÓN Y LA FILOSOFÍA DE LOS VALORES

Por razones ideológicas, en el siglo XX se pudo percibir un creciente relativismo, promovido por las corrientes y las escuelas que limitaban o controlaban su interés de búsqueda en la forma. Pero en la investigación científica es indispensable mantener la ponderación entre la forma y el contenido. El concepto, el fenómeno, el acto o su realización material no se reducen únicamente a su exteriorización: su contenido sigue vigente. En la tradición axiológica, partiendo de la platónica idea de *kalokagathia*, son fundamentales los criterios del bien y del mal, de lo hermoso y lo feo. ¡cuán interesante resulta analizar el objeto de nuestro cuestionamiento a nivel de conocimiento y a nivel de valoración! Únicamente de esta manera podemos llegar al descubrimiento de nuestra identidad, y luego reafirmarla. No se trata de una fascinación momentánea, sino de un proceso vital de persistencia y de consolidación de la libertad personal.

Al conocer y poder escoger, de acuerdo a nuestro sistema de valores y la práctica de la voluntad, nos acercamos al ideal deseado. Formamos nuestra personalidad y contribuimos a nuestra vinculación con la comunidad. En este sentido se concretizan la dimensión individual y la social. En las relaciones interpersonales se captan ciertas necesidades y su realización de acuerdo a la época, sin un condicionamiento determinista.

Una mejor educación contribuye evidentemente a un mejor desarrollo de la persona, y, a su vez, ésta dispone de mejores condiciones para su integración a la sociedad. Esta predisposición psicológica individual se manifiesta por extensión a través de un equilibrio de relaciones sociales (el aspecto psicosocial) y desde luego coadyuva a mantener el sistema social, la armonía de la ecosfera y la biosfera. No se puede prescindir en esta visión de los aspectos económicos y el nivel de vida, ni tampoco de la participación cultural. Todos estos elementos, según las circunstancias particulares, pueden variar en su jerarquía de influencias y preponderancia.

En la educación, el problema de la relación entre la filosofía de los valores y la cultura tiene suma importancia. El individuo se refiere a otro ser de acuerdo a la delimitación de los valores y de su propia integridad personal. Subrayemos que no toda apreciación es valoración. De la existencia de los valores decide el hombre, pero esta decisión no es subjetiva. Este acto no depende del hecho de que algo que valora se manifiesta instrumentalmente, sino corresponde a la voluntad personal de confirmarlo. De ahí deriva la actitud creadora del hombre, que responde más a su esfera espiritual que a las necesidades biológicas o psicológicas. Así comprendida, la filosofía de los valores no se limita a las necesidades humanas, sino se centra sobre la autonomía del hombre. En este sentido, el hombre no se somete a la actualidad, al conformismo con las condiciones en las cuales le toca vivir. Reconociendo el pasado y la tradición, resultan nuevamente decisivas la iniciativa individual, la apertura hacia la innovación y la creatividad, y el compromiso con el presente hacia el futuro. Todos estos aspectos deben corresponder a la reflexión y a la actitud axiológica.

De este modo la filosofía de los valores facilita el estudio de las manifestaciones culturales y revela que elementos de las estructuras investigadas permanecen válidos, cuando se puede constatar las crisis de la cultura o su progreso. Precisamente la axiología conduce a solucionar los dilemas entre lo universal y lo autóctono o regional, entre la interdisciplinariedad y la especialidad, entre lo original y lo convencional, entre la tradición y las novedades de última hora.

Retomando las ideas expuestas al principio de nuestras consideraciones referentes a las circunstancias del hombre contemporáneo y la defensa del mismo como ser y de su humanidad, o

mejor, dignidad personal, podríamos multiplicar las preguntas: ¿Cómo mejorar la condición humana en esta compleja realidad, en el sentido material y espiritual?, ¿cómo garantizar la coherencia entre el mundo exterior y el mundo interior de la persona?, ¿cómo superar la antinomia del individuo y la colectividad?

Para responder a estas y otras preguntas, el hombre occidental tiene que acercarse a la filosofía cristiana y apoyarse en la axiología y en la metafísica del hombre o, de otro modo, antropología filosófica. Un filósofo,⁴ respondiendo a los ataques que cuestionan lo científico de toda axiología, pregunta: «¿Entonces cuál ciencia puede ser más valiosa para el hombre que la misma ciencia de los valores?». Los que no aceptan estas razones frecuentemente creen en el cientificismo y no cultivan la verdadera ciencia. Todo acto intelectual, aun cuando no sea axiológico, o axiologización por su naturaleza, siempre se presenta en un contorno axiológico. La posición radical de negar el valor científico a la axiología se niega a sí misma.

VII. HUMANIZACIÓN DE LA CULTURA

En el siglo II antes de Cristo, el poeta latino Terencio escribió la famosa frase: «*Homo sum, humani nihil a me alienum esse puto*». Desde esta época, y aun antes, ¿cuántas definiciones de lo humano podríamos citar? Muchas serían contradictorias, complementarias, o a veces ni coincidirían en su apreciación semiológica. En diferentes culturas y en sus diferentes fases, el hombre puede representar diferentes valores, partiendo desde su cosificación en la trata de esclavos.

En la mentalidad occidental se iba precisando el parámetro de la valoración moral, aunque indudablemente en el hombre prehistórico tuvo que existir la conciencia elemental de «ser persona». Pero ¿qué hace que el hombre se vuelva más humano o se deshumanice? Se trata de proyectar una actitud axiológica que propague los elementos apreciados de la conducta y la actuación del hombre en diferentes campos de su interés: política, religión, arte, economía, ciencia, etc. En esta valoración, además del reconocimiento a favor de lo individual, debe prevalecer el compromiso a favor de los demás, de la comunidad. En consecuencia, debe haber una clara relación entre los medios y los fines de los actos humanos, y especialmente debe darse una evidencia de la legitimización de los verdaderos fines de la vida.

Para poder desarrollar y profundizar la cultura interior, previamente debe realizarse el conocimiento de los valores, lo cual significa que la reflexión axiológica tiene que ser plenamente asimilada y vivida. La humanización implica una apertura al saber en general y especialmente a la filosofía. No es conveniente limitarse a una disciplina específica, corriendo el riesgo de deshumanizarse, si tenemos en cuenta su fragmentación. La especialización debería acudir con frecuencia a la interdisciplinariedad.

La humanización hace evocar el humanismo. Sabemos cuánto se sabía apreciar el cuerpo humano en el Renacimiento. Y esta forma de pensamiento y vida también es loable. El ejercicio físico frecuentemente se relaciona con el deporte, la diversión, el juego. Los saludables elementos lúdicos en la vida de la comunidad contribuyen a su desarrollo.

Humanizar la cultura significa igualmente reaccionar ante las manifestaciones de la patología social. En el mundo de hoy percibimos tanta violencia, injusticia social, manipulación de la información, abusos del poder, **corrupción**, proyección de antivalores etc. ¿Estamos de acuerdo con estas circunstancias? Rescatar las verdaderas dimensiones del trabajo, reconquistar los aspectos éticos de las creaciones estéticas, racionalizar más las necesidades materiales y reaccionar razonablemente ante las ofertas y presiones del consumismo son otras alternativas de la humanización.

Finalmente, la humanización es también un mejor conocimiento del hombre, de su historia, su tradición y la cultura. La crisis del hombre actual la percibimos en distintos niveles: individual, familiar, de comunidad y social. La humanización es la búsqueda de las respuestas a los problemas que lo atormentan. Es el compromiso social, político, espiritual y económico de contribuir a enriquecer la convivencia de acuerdo con el sistema de valores que encarna.

CONSIDERACIÓN FINAL

Un autor comentó que «La cultura es el culto a los valores»⁵ Parafraseándolo, podríamos decir que la cultura es el cultivo de los valores. El sistema axiológico sirve de apoyo al hombre en sus actos individuales y lo **afirma** en sus decisiones cuando afronta la realidad social.

ABSTRACT

Pedagogical Action Of Culture

Culture **can** be regarded as the **free** and reasonable human action, but to **carry** it out, man **should have** a clear **axiological** system. **Today**, in the era of syncretism and **the** existing **multiple** cultures, it is **very** common to observe man's **vanishing** and alienation. Relationships in the society **have** to **retake** the **person's setting** and humanization, and its education in **terms** of values.

RÉSUMÉ

Action pédagogique de la culture

On peut **concevoir** la **culture** comme l'action humaine libre et **raisonable**, mais pour **pouvoir** la **réaliser** l'homme doit disposer d'un **système axiologique** claire. **Aujourd'hui**, dans l'époque du **syncrétisme** et **pluriculturalité**, la **désadaptation** et l'aliénation sont fréquentes. Les relations dans la **société** doivent retourner à l'**humanisation** et l'**affirmation** de la **personne** et son éducation en **valeurs**.

5 Tyska Andrzej, *Kultura jest kultem wartosci*, Lublin, Norbertinum. 1993.

BIBLIOGRAFÍA

- CHOZA Jacinto, *Manual de antropología filosófica*, Madrid, Rialp, **1988**
- DÍAZ Bialek A., *Sociología de la cultura y de la historia*, Buenos Aires, Machi, **1983**
- HARRIS M., *El desarrollo de la teoría antropológica*, Madrid, siglo XXI, **1983**
- INGARDEN Roman, *Ksiazeczka o czlowieku*, WL Krakow, **1973**
- KOWALCZYK Stanislaw, *Filozofia Kultury*, Lublin, KUL, **1996**
- KRAPIEC M. A., *Odzyskac swiat realny*, Lublin, KUL, **1993**
- MOLINOUS B., *Una teoría científica de la cultura*, Barcelona, E. D. H. A.S.A. **1981**
- MONTEIL Jean Marc, *Éduquer et former*, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble, **1989**
- POLO Leonardo, *¿Quién es el hombre?*, Madrid, Rialp, **1991**
- RODZINSKI Adam, *Osoba, moralnosc, kultura*. Lublin. KUL **1989**
- TYSZKA Andrzej, *Kultura Jest kultem wartosci*, Lublin, Norbertinum, **1993**
- YARCE Jorge, *Crisis del hombre actual*, Bogotá, Ediciones Revista Arco, **1981**
- YARCE Jorge, *Filosofía de la comunicación*, Pamplona, EUNSA, **1986**